



CONTRIBUCION DE SAN FRANCISCO A UNA IGLESIA DE LOS POBRES

Leonardo Boff

Con motivo del Centenario Franciscano, el P.Boff ha publicado el libro: "Sao Francisco de Assis: Ternura e Vigor", Petrópolis, 1981. De él seleccionamos y ofrecemos en forma ligeramente abreviada el capítulo IV.

El Vaticano II (1962-1965) fue, ante todo, un esfuerzo colectivo de codificación de la fe cristiana en respuesta a las exigencias del hombre moderno; éste es su gran valor teológico. Al mismo tiempo, pone fin oficialmente a una era de la Iglesia, la del régimen de cristiandad, con un tipo característico de presencia cristiana dentro de la sociedad; ésta es la significación cultural del Concilio.

1. De una Iglesia de clérigos a una Iglesia pueblo de Dios.

A partir del siglo IV, con el cambio de rumbo constantiniano, la Iglesia entera (comunidad de los fieles con su Jerarquía) es llevada a asumir la dirección política y cultural de Occidente. En la medida en que la Iglesia se desentendía de esa tarea, se hacía más necesario un cuerpo de especialistas que, con cohesión y coherencia, llevase adelante este desafío histórico impuesto por las exigencias del tiem-

po. Este cuerpo de peritos estaba constituido por los clérigos. En razón de la eficacia histórica, y para hacer frente a otros retos (con el derrumbe del imperio romano, la Iglesia quedó como la única organización universal), se fue concentrando progresivamente el poder, tanto religioso como civil, en las manos del clero. Así se origina el clericalismo, que significa la total concentración del poder sagrado en manos del clero. Monopoliza la administración de los bienes de salvación y se transforma en el detentor exclusivo de la competencia necesaria para la producción y reproducción del capital simbólico. Paralelamente se da una creciente desapropiación de los laicos, hasta ser reducidos a una mera masa de fieles, clientes del culto, incapaces de producir bienes religiosos.

A esto acompaña la correspondiente justificación teológica (ideológica). No se reflexiona ya a partir del Jesús histórico, débil en poder y fuerte en el servicio, que nos deja la utopía de una comunidad de hermanos (Mt 23,8), sino a partir de la unicidad de Dios, creador del cosmos. Este Dios único es representado por la única cabeza del Papa, "Dios visible en la tierra", como decía el Papa Gregorio II. O, en términos cristológicos: la única cabeza invisible del cuerpo de la Iglesia, Cristo, se hace visible en el Papa, cabeza visible de la Iglesia. Es la famosa teoría de la cefalización de la Iglesia. De una Iglesia-comunión entre pueblo y ministros se pasa lentamente a la comprensión de una Iglesia piramidal: la Iglesia es principalmente el clero, cuya cabeza es el Papa. Antes, el sacrificio de la misa era ofrecido por todos los fieles por medio del sacerdote (*tibi offerunt*), ahora el sacerdote ofrece solo en nombre y en lugar de los fieles (*pro quibus tibi offerimus*). Se introduce definitivamente la distinción de dos clases de cristianos. De esta manera, el clericalismo, como práctica histórica del poder del clero en la Iglesia y en la sociedad, alcanza su legitimación teórica y su sacralización.

El Concilio Vaticano II trató de volver a equilibrar la comprensión teológica de la distribución del poder en la Iglesia. Por eso decíamos que significa, al nivel de la teoría teológica, el fin de la era del clericalismo. Establece ini-

cialmente que la Iglesia es un misterio total, cuyas raíces no se encuentran en la historia de los hombres, sino en el seno de la Santísima Trinidad (*ecclesia a Trinitate*); es presentada como el sacramento universal de la salvación, abarcando todas las dimensiones de la historia, "desde el justo Abel hasta el último elegido". En el tiempo emerge como pueblo de Dios en marcha; porque toda la Iglesia es sacramento de Cristo, toda ella representa a Cristo; cada bautizado participa del poder (*exusía*) de Cristo de enseñar, gobernar y santificar. Al lado del fundamento cristológico que origina la estabilidad de la Iglesia (servicios esenciales) actúa también el fundamento pneumatológico, que responde del dinamismo histórico de la comunidad eclesial (carismas).

No obstante este esfuerzo considerable, sigue coexistiendo en el Vaticano II el principio clerical, cuando se expone la teología del oficio jarárquico, sin tener coherentemente en cuenta lo que se había expuesto sobre el pueblo de Dios y la participación de los fieles en el ministerio de Cristo. Pero, al menos, queda abierta una brecha teológica por la que pasa la renovación de las formas de distribución del poder sagrado en la comunidad eclesial.

En el primer Post-Vaticano II (1965-1970) se llevó a cabo una extraordinaria dinamización del clero, que procura despojarse de los signos de poder, insertarse más profundamente en los medios populares, y vivir su ministerio, no como una instancia por encima y al margen de los fieles (sacerdote), sino como principio de animación, unidad y servicio (ministro ordenado)..

En el segundo post-Vaticano (1970-1980) se suscita una vigorosa renovación en las bases de la Iglesia. Los laicos comienzan a participar activamente en la vida de la Iglesia. El pueblo simple y pobre se organiza en comunidades eclesiales de base, en las que vive la experiencia de una verdadera *eclesiogénesis*. Asume la palabra formulando sus oraciones y comentando la Sagrada Escritura, ejerce distintos ministerios laicales, se compromete en nombre de la fe en procesos de promoción y liberación de los oprimidos. Este movimiento consiguió captar a religiosos, sacerdotes, obispos y carde-

nales, que en contacto con los cristianos de las comunidades, van redefiniendo mejor su servicio ministerial y se suman al caminar de una Iglesia más evangélica, servicial, comprometida con los pobres, y en búsqueda también de una sociedad más participada y fraterna.

Especialmente en América Latina se llegó a una convergencia admirable: las bases reclaman la presencia de la Jerarquía y de los religiosos en sus comunidades eclesiales, los acogen con gran amistad y aprecio religioso, y la jerarquía y los religiosos, por su parte, aceptan, apoyan y dinamizan la creación y extensión de las comunidades de base. La jerarquía gana de esta forma en concreción histórica y las comunidades en universalidad. La Iglesia entera va dejando cada vez más de ser clerical y se transforma en una comunidad de fe, esperanza y amor, organizada bajo la coordinación del clero, que se entiende, teológicamente, como un servicio al interior de la comunidad, no al margen o sobre ella, aunando, pero respetando e integrando los carismas que el Señor resucitado hace suscitar por su Espíritu para beneficio de todos.

Esta práctica eclesial produjo también su justificación teológica. Propició una revalorización del caminar de la Iglesia a través de los siglos en sus distintas formas de organización, adecuadas a las exigencias de los tiempos, y favoreció la elaboración de modelos eclesiológicos que iluminan y enriquecen las prácticas en curso. El clericalismo, en cuanto monopolización de todo poder sagrado en manos de quienes recibieron el sacramento del Orden, aparece como enfermedad que debe ser curada.

En los primeros siglos, prevalecía en la Iglesia lo comunitario, la Iglesia de la *sacra communio*, con una participación activa y diferenciada de todos los cristianos, incluso en la elección de los obispos y del Papa. Luego, ya en régimen de cristiandad, la Iglesia se organizó como *sacra potestas* en torno a categorías de poder, lo que condujo a un exacerbado desarrollo de la canonística y a la hegemonía distorsionada del clero sobre los fieles. Actualmente va predominando la perspectiva *Iglesia-Pueblo-de-Dios*, alimentado

por dos fuentes salvíficas: el Cristo pascual (muerto y resucitado) y el Espíritu Santo. La comunidad cristiana nace de la totalidad del acontecimiento salvador: tiene en sus fundamentos la práctica del Jesús histórico (*verba et facta*), su muerte y resurrección, y especialmente, la presencia del Espíritu Santo. Existe una immanencia permanente del Resucitado y de su Espíritu en el interior de la comunidad. Ella se entiende como espacio histórico-social (sacramento) de actuación de estos dos principios. Todos se encuentran sumergidos en el Resucitado y en el Espíritu. Ellos son los que hacen suscitar en la comunidad toda clase de servicios, algunos más urgentes y de carácter permanente (unidad y dirección por parte de la jerarquía según los distintos grados del sacramento del Orden), otros más ligados a situaciones y coyunturas (diversos carismas). Estas diferencias se dan en el interior de una comunidad de iguales, todos hermanos, todos enviados a dar testimonio, todos responsables de la doctrina y santidad de la Iglesia, todos respetuosos de las distintas manifestaciones del Espíritu, sin dañar la unidad.

Esta Iglesia que se deja orientar por el Espíritu y por la fuerza estructuradora del carisma no puede endurecer sus propios límites; estos son flexibles, pues la realidad de la Iglesia se concretiza más allá de su propia conciencia, especialmente en la situación de los pobres. Objetivamente, y al margen de su situación moral o religiosa, estos, por el simple hecho de ser pobres, se constituyen en sacramentos de una presencia privilegiada de Cristo (Mt 25, 31-46), como juez escatológico, que juzga a cada uno en conformidad con el amor que libera de la pobreza o se cierra a su llamado. Donde está Cristo, ahí está su Iglesia, rezaba un antiguo adagio. Es decir, si Cristo está en los pobres, como lo está, entonces allí hay una realización de la Iglesia que no depende de la fe de los pobres ni de la organización jerárquica. La comunidad que nace de la fe en Cristo y en el Espíritu (Iglesia de la resurrección) debe acoger y estar en comunión con la Iglesia que se realiza en los pobres (Iglesia de la crucifixión). Y esta comunión sólo puede ser verdadera si obedece al llamado de Cristo en relación con los pobres: "estaba desnudo, estaba hambriento, estaba encarcelado y me

liberasteis, me saciasteis, me vestisteis". Por primera vez en la historia, los pobres alcanzan un valor eclesiológico, y no sólo caritativo.

Esta práctica y teoría eclesiológicas no dejan de producir impases frente a la persistencia de bolsones clericalistas. Aquí y allá se mantienen aún relaciones de estructura clerical, en la que el jerarca aparece de la mano con el poder, en las primeras páginas de los diarios, y nunca en medio de los pobres, como su *defensor et procurator*, de acuerdo con la praxis antigua; organiza la pastoral a modo de califato, reduciendo a los laicos al papel de meros auxiliares del clero. Y así se corre el riesgo de un paralelismo de vidas eclesiales y de rupturas de la unidad, cuando no de una pura y simple represión de la Iglesia que nace de la fe del pueblo.

Donde se dé tal situación, es necesario enfrentarla con las armas del Evangelio, y no reproduciendo esquemas clericalistas con el recurso fácil a la utilización del poder simbólico. Es importante, como se hace con frecuencia en las propias bases, comprender tales reacciones; perdonarlas dentro del Espíritu de las bienaventuranzas, sin romper nunca con el Pastor, aun cuando los grupos, en el ejercicio de la profecía, que tiene su legitimidad en la Iglesia, se sientan en el deber de denunciar la prepotencia y el abuso de poder. Más importante, sin embargo, es continuar trabajando positivamente en la edificación de una Iglesia cada vez más fraterna, más referida al Evangelio y más comprometida con el mundo de los pobres y con la causa de la justicia.

2. Francisco: obediente a la Iglesia de los Papas e impulsor de una Iglesia de los pobres.

En este contexto de preocupaciones es útil interrogar a la experiencia eclesial de san Francisco, para aprender la lección de libertad evangélica, y al mismo tiempo, de fidelidad que él nos dejó. Encontramos que en Francisco coexisten, con gran tensión y equilibrio, el in-conformismo con la obediencia, la aceptación de la Iglesia de los clérigos con una valerosa ampliación del espacio de los laicos, el respe-

to por la piedad litúrgica oficial con la creatividad de una cultura religiosa popular.

La concomitancia de estos polos de no fácil articulación permitió dos corrientes de interpretación de la actitud de Francisco. La primera, enfatiza la contestación del Poverello a la Iglesia de su tiempo y su paulatina domesticación por parte de la curia romana hasta la total absorción en los cuadros de la oficialidad clerical. La segunda sustenta la absoluta obediencia del Poverello a la *sancta mater Ecclesia romana*, pues fue un *vir totus catholicus et apostolicus*, negando a la tesis de un conflicto entre Francisco y la Curia romana cualquier apoyo en los escritos del santo o en las biografías del siglo XIII.

Ambas tendencias tienen buenas razones, y afirman verdades innegables. Pero importa determinar a qué nivel cada una de ellas es verdadera. No se trata de un fácil irenismo, sino de evitar situarlo todo a un mismo nivel, y así hacer imposible aquella coexistencia de polos que constituyen la riqueza de la personalidad espiritual de san Francisco. El fue mucho más que un contestatario y un in-conformista; fue un revolucionario radical y, al mismo tiempo, vivió la obediencia de manera heroica, como una forma de despojamiento total para con la Iglesia institucional.

a) No-conformismo y obediencia

Hay dos niveles de experiencia de Iglesia que conviene tener en cuenta. En primer lugar, la Iglesia es una realidad dentro de la cual nos hallamos. Recibimos la fe, los sacramentos, los hábitos cristianos, junto con la leche materna. Ella integra la estructura del nosotros, y de esta manera entra en la constitución de nuestra propia identidad espiritual y religiosa. No es, por tanto, una realidad exterior, antes y por encima de nosotros. En esta perspectiva, se presenta como organismo de vida y como carisma, como evangelio y utopía que alimentan nuestros sueños y nuestras vidas.

En segundo lugar, la Iglesia emerge como una realidad

que nos sobrepasa por todas partes; es anterior a nosotros, tiene una institucionalidad secular, está frente a nosotros y se impone objetivamente como algo fuera y por encima de nosotros. Es la Iglesia como organización religiosa y como institución también de características clericales. En su dimensión histórica se identifica con una serie de opciones, posee un determinado perfil institucional, en este caso caracterizado por la centralización del poder sagrado, elabora cierto tipo de autoconciencia doctrinal, moral y canónica, en una palabra, aparece como un cuerpo histórico al lado de otros cuerpos históricos.

Estas dos experiencias de Iglesia conviven dentro de cada uno de los fieles, predominando una u otra, sin reducirse, sin embargo, la una a la otra. En Francisco se realiza una expansión inaudita de la primera experiencia; por él habla el carisma de la radicalidad evangélica con una frescura matinal y un vigor estival. Los ideales que la Iglesia anuncia en su predicación y celebra en sus acciones litúrgicas son percibidos por Francisco como algo que está dirigido directamente a él. Las biografías de la época insisten en este tipo de actitud de Francisco. No oye el Evangelio en sí mismo, sino en el contexto eclesial. No ve la Iglesia como algo exterior a él, sino como la atmósfera que respira. En este nivel experiencial no existe la menor sombra de no-conformismo en Francisco.

¿Cómo se comporta el carismático santo de Asís con la poderosa institucionalidad de la Iglesia de su tiempo? En tiempo de san Francisco, bajo el pontificado de Inocencio III, la Iglesia alcanzará el supremo grado de secularización, con intereses explícitos de dominación del mundo. Era, por excelencia, la Iglesia del *Imperium*, de los grandes señores feudales. Más de la mitad de todas las tierras de Europa constituían beneficios eclesiásticos. La vida monacal se feudalizó ampliamente; ser monje no era hacerse pobre sino entrar en el sistema de poder, de tierras y bienes. No es de extrañar, pues, que la Iglesia estuviera mas ocupada en defender y administrar los propios bienes que en evangelizar a la nueva clase emergente de los artesanos y mercaderes de los burgos. El vacío de evangelización posibilitó el sur-

gimiento de movimietos religiosos de profundo contenido evangélico, impulsados por numerosos laicos, profetas populares y místicos arrebatados. Por la incomprensión de los obispos locales, de la Curia romana y de varios Papas y Concilios (II y III de Letrán) no se acertó a canalizar la fuerza de este fermento renovador para vida de la Iglesia; la mayor parte de ellos acabaron siendo excomulgados o fueron liquidados, vergonzosamente para la historia de la Iglesia, por las cruzadas promovidas contra ellos.

¿Cómo se comporta Francisco? Surge no del centro del poder, sino de la periferia. Inicia su movimiento en una pequeña Iglesia, la Porciúncula, que por sí misma constituye un símbolo, pues "es la más pobre de las iglesias de todo el territorio de Asís". Y desde la periferia comienza a dirigirse al centro, llamando a todos a la conversión. En la periferia es donde se engendran los grandes profetas, nacen los movimientos reformadores y donde florece el Espíritu. La periferia posee un privilegio teológico, puesto que en ella nació el hijo de Dios.

Francisco vive la *antítesis del proyecto dominante de la Iglesia*. El modelo feudal de cristianismo, especialmente a partir de Gregorio VII, se articuló en torno a los dos polos del sacerdocio y del imperio, que estaban en las manos del Papa y de los obispos. La institucionalidad de la Iglesia alcanza el auge del poder sagrado y profano, y lucha para consolidarlo, extenderlo, profundizarlo y consagrarlo con la bendición de Dios y de Cristo como garantía. Nunca en toda la historia de la Iglesia fue buscado el poder con tanta ansiedad y eficacia. Por el contrario, Francisco vive el proyecto de la locura, el camino del seguimiento de Cristo crucificado en absoluta pobreza y simplicidad, no es una Iglesia de señores y *maiores* la que lo seduce, sino una Iglesia de siervo, de *minores*. Su Orden se llamará de los "hermanos menores", sin poder alguno sobre sí mismos, y mucho menos sobre los otros; todo lo que signifique poder debe ser negado al grupo, hasta el punto de que en la Regla no bula da se prescribe la exclusión de trabajos que impliquen puestos de mando, como "tesoreros, capataces, administradores en las casas en las que sirven". Acertadamente dice Joseph Rat-

zinger: "El no de Francisco a aquel tipo de Iglesia no podía ser más radical, es lo que llamaríamos una protesta profética". Al Evangelio del poder, Francisco opone el poder del Evangelio. Nunca toleró que sus hermanos asumieran prelacías o cargos en la Iglesia: "su vocación es permanecer abajo, siguiendo las huellas de Cristo; si queréis (dice a un obispo) que produzcan fruto en la Iglesia de Dios, conservadlos en el estado de su vocación, manteniéndolos en puestos humildes, aun contra su voluntad".

Francisco vivió también la *antítesis del clericalismo*. No debemos perder de vista que fue un laico, y quiso permanecer como tal para evangelizar a los laicos abandonados pastoralmente, sobre todo los pobres. Si más tarde aceptó ser ordenado diácono fue para poder predicar con más libertad, ya que existía una prohibición conciliar que desautorizaba la predicación de los laicos sobre asuntos doctrinales. Nunca fue un agente del sistema clerical. El agudo historiador Eduardo Hoornaert llama la atención contra el error de perspectiva de considerar a Francisco como un hombre de Iglesia, es decir, un clérigo con influjo entre el pueblo.

Francisco vivió igualmente la *antítesis de la vida religiosa monacal* del tiempo. Esta vida se caracterizaba por la estabilidad del lugar y por la autonomía; a partir de la reforma de Cluny los monjes ya no hacían trabajos pesados en el campo; se transformaron en señores feudales que tenían sus colonos, cobraban diezmos, las rentas de las granjas, de los molinos, y los tributos de los siervos de la gleba. Todo tenía lugar dentro de los muros de los monasterios, pequeña Jerusalén terrestre, espejo de la celeste. La evangelización se llevaba a cabo desde ese lugar, que era el lugar del poder y la cultura. Francisco es el iniciador de una vida religiosa en medio del pueblo, la celda es el mundo, los hermanos son todos los hombres, principalmente los pobres. Peregrinan de ciudad en ciudad, de dos en dos, anunciando un Evangelio sin glosas ni comentarios pintorescos propios de la exégesis de la época. Se vive del trabajo de cada día, en pobreza, simplicidad y alegría.

Francisco vive marcadamente la *antítesis de la cultura*

libresca del tiempo. La predicación se hacía en latín, lengua que el pueblo entendía muy poco, y acompañada de erudición y en una forma alegórica que más bien ocultaba y debilitaba su fuerza. Francisco anuncia el Evangelio *ad litteram*. Quiere a sus hermanos, no seguidores de esta o aquella escuela, sino "discípulos del Evangelio". El mismo se considera "idiota", es decir, iletrado, con la cultura indispensable como para poder leer y escribir con dificultad.

Francisco vive también la *antítesis del espíritu canónico de su tiempo*. Al comprometerse profundamente con el poder temporal y el liderazgo histórico, la Iglesia sentía la exigencia del derecho que, estructuralmente, tiene la función de ordenar y legitimar la práctica del poder en curso en relación con los otros poderes. En efecto, a partir del siglo XII se desarrolló una rica reflexión canónica que encuentra en Graciano a su genial codificador. La eclesiología se elabora desde el derecho, especialmente en torno al Papado y sus atribuciones. Este derecho canónico, como ya lo apuntamos, había ordenado el *corpus christianorum* en dos géneros: por un lado, los clérigos, que lo acaparan todo en términos religiosos; por otro, los laicos, totalmente desguarnecidos. Francisco abre las puertas de su movimiento a todos indistintamente. Haciéndose hermanos menores, desaparecen todas las diferencias de origen; todos, sean presbíteros nobles, mercaderes, juristas, burgueses o siervos integran una hermandad de iguales, radicalmente fraterna. Su movimiento está abierto también a las mujeres, quienes, comenzando por Clara e Inés, viven igualmente la radicalidad de la pobreza, sin exigir ninguna dote o fundación que garantice su sustento. También ellas viven de su trabajo y de la limosna. Frente a la visión jerárquica de la comunidad cristiana, Francisco propone el modelo fraterno a manera de los caballeros de la Tabla Redonda.

Francisco vive la *antítesis del patriarcalismo y monarquismo* de la estructura institucional de la Iglesia. La práctica del poder llevó a concentrar en manos del clero los medios de producción religiosa; se elaboró, asimismo, la comprensión justificadora adecuada para esta práctica; aquí entraron en juego categorías de antiquísima tradición imperial,

manejadas por una teología política cuyas raíces se encuentran en Egipto y en el Oriente Medio. El único Dios-Padre es representado por el monarca, padre de su pueblo. Todos los demás son súbditos, organizados en una jerarquización descendente; es el reino de los hijos. No se tematiza la relación de los hijos entre sí, lo que daría lugar para la percepción de la fraternidad, sino sólo la relación de los hijos con el único Padre. Esto genera el patriarcalismo y la concepción de la plenitud del poder en una sola persona. La Iglesia, calcada en este modelo de monoteísmo político, aparece como una sociedad, desigual y jerárquica.

Francisco vive otra experiencia de fe, ligada a las fuentes más genuinas del Nuevo Testamento. Porque es pobre e inerte, y no trata de imponerse a los demás, sino servirlos, descubre la radical fraternidad de todos los seres. Dios no deja de ser Padre. Pero este Padre tiene un Hijo unigénito que es su imagen sustancial y el único representante del Padre. Este Hijo se encarnó y se mezcló con los hijos adoptivos. Es el gran Hermano en medio de sus hermanos. Francisco vive esta experiencia de Cristo como hermano. De ahí viene el descubrimiento del cordón umbilical que une a todos los hombres entre sí; aflora la conciencia de la Iglesia como fraternidad universal. Todos representan al Padre en la medida en que todos son hijos en el Hijo que está en medio de nosotros; esta representación ya no es monopolizada por nadie, y si acaso persiste (como cierta comprensión de los ministerios eclesiales lo postula) deberá ser vivida en el interior de la comunidad y de los hermanos y no por encima de ellos.

En este contexto de ideas resalta con toda su lógica la petición de Francisco: "Que nadie se llame *prior* entre nosotros, sino que todos sean llamados indistintamente *hermanos menores*, y lávense los pies unos a otros"; y a renglón seguido, apelando a conocidos textos evangélicos contra el poder (cf. Mt 20,25-26; Lc 22,26), deslegitima el principio del poder como relación entre los hermanos y con los demás hombres, igualmente hermanos, sustituyéndolo por el principio del servicio mutuo. Esta experiencia tiene profundas consecuencias eclesiológicas, puesto que traduce el misterio de

la Iglesia en categorías de la práctica de Jesús, y no en las del monarquismo y monoteísmo del Antiguo Testamento y de las teologías políticas del imperialismo antiguo.

Como se ve, estamos frente a un radical no-conformismo de Francisco, pero un no-conformismo práctico, y no de palabra. Francisco no elabora, teóricamente, un modelo alternativo de ser cristiano; como "ignorante e idiota", iletrado, no habiendo pasado por la escuela del *ius canonicum* y de la *sacra doctrina* sería incapaz de semejante cosa. Por eso, no es un contestatario a la usanza moderna, porque no parte de una comprensión teórica alternativa de la Iglesia y de la sociedad, y en función de esto pasa a las prácticas correspondientes. Francisco respeta profundamente la estructura que encuentra. Su declarado amor y su irrestricta obediencia a la Iglesia y al Papa en el exordio de las dos Reglas conservadas y en su Testamento, su veneración por los sacerdotes, por más pobres e indignos que fueran, no es una retórica engañosa ni una táctica encubridora. Es profundamente sincero y leal. Pero esta obediencia no le impide obedecer también al carisma que Dios hizo irrumpir en él. Su intuición acerca de la verdad de fe y del Evangelio le permite entender que ninguna configuración de Iglesia agota todo el misterio de la Iglesia. Cada configuración histórica concretiza la fuerza del Evangelio, por eso debe ser respetada y amada; pero el Evangelio es mayor que la historia; por eso, evoca la libertad para ir más allá de la concretización eclesial, no contra ella ni a pesar de ella, sino exactamente más allá de ella. En el lecho de muerte recomienda lúcidamente "conservar la pobreza y la fidelidad a la Iglesia romana, pero, por encima de las demás disposiciones, la fidelidad al santo Evangelio". El Evangelio es la instancia suprema para toda la Iglesia y para cada uno de los cristianos, como el laico Francisco.

Hay, pues, un innegable inconformismo en san Francisco; su proyecto no está dentro de la institucionalidad del tiempo; es un proyecto evangélico. Pero precisamente por ser hombre del Espíritu se da cuenta de que el Evangelio no es monopolio de nadie, ni de él, Francisco, ni de la Iglesia feudal e imperial. El Evangelio es un fermento que vivifi-

ca permanentemente todo el cuerpo, penetra tanto la instancia institucional como el momento carismático de la comunidad.

Superando todo resquicio de fariseísmo, el amor evangélico de Francisco le permite amar a la Iglesia con sus profundas limitaciones, sobre todo en lo que se refiere a la evangelización de los pobres. Este amor no es fácil, ni está libre de tensiones. En su *Testamento*, ya próximo a su muerte, podía confesar: "Nadie me mostró lo que debía hacer, sino que el mismo Altísimo me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio". Francisco fue un regalo de Dios a su Iglesia; ella lo recibió no sin aprehensiones, como había sucedido de manera exagerada con los movimientos evangélicos anteriores, la mayor parte de ellos, por culpa de la inflexibilidad y mundanidad de la Curia romana, condenados y marginados de la comunidad eclesial. "El hecho de que la institución haya dudado, desconfiado y tratado de reducir el radicalismo original -dice Tadeo Maturamuestra la reacción de quien se siente amenazado. La aceptación final del evangelismo franciscano por parte de la Iglesia manifiesta, sin embargo, que la constestación y la llamada a la libertad forman parte de su ser profundo, y que, lejos de destruirla, la renuevan".

Francisco entendió su vocación como un servicio a la Iglesia y no como oposición a ella. Creyó oír al propio Cristo hablarle en la iglesia de San Damián: "Francisco, ve-te y repara mi Iglesia que, como ves, está en ruinas". Vive su vocación no para secundar el proyecto eclesial del poder, porque esto no sería reparar la Iglesia sino dejarla como estaba. La recreación de la substancia teológica de la Iglesia proviene del abrevarse en las fuentes de donde brota la fe eclesial, es decir, del Evangelio y el seguimiento de Cristo pobre y humilde. Es lo que hizo Francisco de una manera intuitiva. Que la Iglesia entendió este lenguaje lo demuestra, en la gramática simbólica de los sueños, la actitud de Inocencio III; de acuerdo con la leyenda, el Papa vio en sueños la Iglesia de Letrán, madre y cabeza de todas las iglesias, a punto de derrumbarse. Pero, "un religioso, pequeño e insignificante, la sostenía sobre su hombro para que

no cayera. "Ciertamente -dijo- éste es el que con obras y palabras sostendrá la Iglesia de Cristo". Inocencio III, sensible a las exigencias del tiempo y comprensivo con los movimientos pauperísticos, al contrario de sus predecesores Alejandro III y Lucio III que los condenaron porque se sentían amenazados por ellos, aprobó el proyecto de Francisco y sus compañeros en 1209-1210. Esta aprobación no sólo propició la floración de una nueva Orden en la Iglesia, sino la recreación de la propia Iglesia en sus bases, especialmente entre los pobres. Es lo que trataremos de profundizar a continuación.

b) Una Iglesia de base con los pobres

El más famoso texto de su eclesiogénesis nos ha sido conservado por la *Leyenda Perusina y el Espejo de Perfección*; y, según los críticos, tiene un meollo histórico seguro: "La Orden y la vida de los frailes menores es una pequeña grey que el Hijo de Dios ha pedido a su Padre celestial en estos últimos tiempos, suplicándole: 'Quisiera, Padre, que tuvieras a bien concederme un nuevo y humilde pueblo en estos últimos tiempos, que por su humildad y pobreza sea distinto de cuantos le han precedido, y que tenga por su único contento el poseerme a mí solo'. Y el Padre celestial respondió a su Hijo muy amado: 'Hijo mío, se ha cumplido lo que acabas de pedirme'... Gran cosa es que el Señor quiera disponer de un nuevo y pequeño pueblo que no tenga parecido en su vida y en sus máximas con los que le han precedido, y que se contente con tener tan sólo al mismo Altísimo y glorioso Señor".

Francisco define su movimiento, en consonancia con este texto, con los mismos términos con que definimos a la Iglesia: pequeño rabaño (*pusillus grex*) y pueblo nuevo (*populus novus*). De hecho no intentó fundar una Orden con una estructuración propia y una misión definida dentro de la Iglesia. Su intención primordial era vivir lo que todo bautizado está llamado a realizar: el seguimiento de Jesucristo en una existencia orientada por el *ethos* del Evangelio. El ideal de Francisco consiste en querer permanecer en la base (*in plano subsistere*), no en introducir un nuevo cuerpo en la

Iglesia al lado de los existentes. Fundando comunidades de pobres, su propósito no es dar origen a una *ecclesiola* dentro de la *Ecclesia*, sino dinamizar lo que está llamada a ser la Iglesia en el seguimiento de Cristo pobre, es decir, una Iglesia de pobres, pobre y desnuda. Toda la literatura biográfica antigua está orientada dentro de la tesis de que el movimiento de Francisco es la manifestación de una Iglesia renovada, concretizada en tres ramas, la de los hombres, la de las mujeres y la de los penitentes. No se trata, pues, de crear una nueva Iglesia sino de configurar una *eclesiogénesis*, es decir, conferir una expresión nueva a la esencia cristológica y pneumatológica de la Iglesia. Y esta expresión, distinta de la de la época, debe ser pobre y humilde.

Francisco entiende las dos expresiones de la Iglesia, rica y pobre, como dos formas diferentes de manifestación del mismo Cristo. En la Iglesia rica está el Cristo que da y ayuda con sus bienes a los pobres (*Christus largiens*); en la Iglesia pobre está el Cristo que recibe y es socorrido (*Christus accipiens*). La novedad de Francisco consistió en haber intuido la necesidad de la Iglesia pobre para la coyuntura de su tiempo, caracterizada por la ruptura del sistema feudal, la emergencia de un nuevo sujeto histórico (la burguesía), con la consiguiente multiplicación de los pobres producidos por ambos sistemas. Estos pobres necesitaban una evangelización específica, una experiencia de Iglesia adecuada a su situación. Francisco articuló esta *eclesiogénesis*. Pero no se cerró sobre su propia vivencia de Iglesia, abrazó también y comprendió a la otra manifestación del misterio de la Iglesia. Por eso conviven en él dialécticamente las dos fidelidades, la Iglesia del señor Papa y la Iglesia de los pobres, ambas integrando el único misterio de la Iglesia. Veamos algunas características de la *eclesiogénesis* de Francisco:

aa) Iglesia de relaciones fraternas

Ya hemos acentuado en diversos lugares la importancia de la fraternidad en Francisco. Las relaciones no deben ser jerárquicas, de distribución desigual del poder, sino abso-

lutamente fraternas, siendo todos hermanos, aun cuando haya funciones diferentes, como se dice en la Regla no bulada: hermanos que predicán, oran, trabajan, clérigos y laicos; que no haya prior, sino ministros y servidores. Esta fraternidad que concretiza la Iglesia debe estar abierta a todos indistintamente, aun "al ladrón o bandido, al amigo y al adversario". Los posibles ministerios que se realizan o emergen de su interior no autorizan ningún privilegio. Los sacerdotes y los hermanos no clérigos son equiparados en las reglas franciscanas. Francisco se resiste a entrar en el esquema clerical vigente en su tiempo. La posterior clericalización de la Orden, hasta el día de hoy, se debe a otros motivos distintos de los de Francisco, a su inserción dentro de la hegemonía de la Iglesia.

bb) Iglesia que se alimenta de la Palabra

Lo que convoca a la fraternidad es la escucha de la Palabra, el seguimiento de Cristo pobre y la solidaridad con los pobres. No es una piedad marcadamente sacramental lo que más destaca en Francisco. Ciertamente, hay en él un tierno amor por la Eucaristía, que prolonga la humildad del misterio de la encarnación: visitaba cuanto podía las iglesias y comulgaba con asiduidad. Pero la novedad, en una Iglesia con un clero relajado, semi-ignorante y poco dado a la reflexión evangélica, consiste en su amor por la Palabra de la revelación; todos los textos del santo están penetrados por ella. Como nuestras comunidades eclesiales de base, así también las fraternidades de los primeros hermanos se estructuraban en torno a la Palabra y el seguimiento de Cristo pobre.

cc) Iglesia de la ayuda mutua

La fraternidad pobre se apoya no en los bienes, sino en la mutua caridad, la sensibilidad hacia las necesidades de unos y otros. En este contexto Francisco introduce un elemento materno en la comunidad. Cada uno debe ser madre para el otro, solícito en las urgencias y en las enfermedades. Esta ayuda no se reduce a las necesidades materiales, sino que comprende también los problemas interiores. Que los

hermanos estén abiertos los unos a los otros confiadamente, se confiesen los unos con los otros, y se alegren por el bien que Dios hace en cada uno de ellos.

dd) Iglesia que celebra la vida

Francisco era una persona profundamente sacramental en el sentido de que creaba intuitivamente gestos y acciones significativas. Su propia concepción de base concerniente al seguimiento de Cristo tendía hacia la representación y teatralización de la vida y actitudes del Jesús histórico. La celebración de la fe no se reducía para él a las celebraciones litúrgicas. No rezaba, como los monjes, sólo en el interior de un espacio sagrado; su experiencia de Dios se da en el mundo, en contacto con los hombres, los pobres y la naturaleza. Las distintas oraciones que nos dejó muestran su profunda creatividad espiritual. En su predicación, "utilizaba comparaciones materiales y simples... y con gestos y expresiones ardorosas arrebatava a los oyentes". Los relatos de los biógrafos están llenos del lenguaje de los gestos, vistiéndose como un pordiosero y pidiendo en francés, haciéndose llevar con una cuerda al cuello por las calles, por haber comido un poco de pollo, mientras dice: "Miren a este glotón que come carne sin que vosotros lo sepáis", danzando en traje de peregrino el día de Pascua, poniendo ceniza en la comida o esparciéndola sobre su cabeza para dar una lección de humildad a sus hermanos. Celebra la vida como la liturgia, ya que en todo encuentra vestigios de Dios, de Cristo o de pasajes del Evangelio. El "Cántico del Hermano Sol" muestra el sentido nuevo de una oración en contacto con la vida y sus dramas.

ee) Iglesia de religiosidad popular

Identificado con el mundo de los pobres, Francisco asume el universo de representación de los pobres. Este se organiza por medio de la lógica del inconsciente y se expresa por vía de símbolos. Todo el lenguaje de Francisco está cargado de una simbología arquetípica. Los misterios de Jesús son representados por él de manera plástica, muy del gusto popular. Así, fue él quien introdujo la celebración vi-

va de Navidad por medio del pesebre, con el heno, el buey y el asno. Su devoción por la humanidad de Cristo crucificado, no ya en pie, como un triunfador, sino agonizante, con las señales del sufrimiento y la tortura. El vía-cru-cis fue promovido gracias a la presencia de los franciscanos en los lugares santos de Palestina. La devoción a la Inmaculada Virgen María, a los ángeles, especialmente San Gabriel, y a todo lo que estuviere relacionado con la humanidad de Jesús recibió un impulso decisivo de Francisco. La indulgencia de la Porciúncula (el perdón de Asís, como también se la ha llamado) está ligada a su tierna devoción por María. Muestra igualmente una gran creatividad, no obstante su profundo respeto, con la piedad litúrgica; compone un oficio de la Pasión, para que los hermanos lo rezaran con el oficio canónico; hace una glosa del Padre-nuestro; introduce la celebración de la misa en medio del pueblo, con el privilegio del altar portátil, que era una novedad para su tiempo. Una brisa popular, simple, colorida y vigorosa entra por las ventanas del viejo y secular edificio cristiano del siglo XIII, gracias a la libertad de Francisco. Esta libertad alcanzó su máxima expresión cuando, en el lecho de muerte, celebró la última cena de Jesús, como una especie de celebración y alianza: "mandó traer pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio a sus discípulos". Comenta Celano que "todo esto lo hizo en memoria de la cena del Señor, y para poner de manifiesto el amor que tenía por los hermanos".

ff) *Iglesia misionera*

Es extraordinaria la difusión que alcanzó la primera comunidad en torno a Francisco, aun en su vida, por casi toda Europa. A los diez años, los hermanos eran ya 3.000, y según algunas fuentes, 5.000. Las causas de esta expansión fueron múltiples, pero principalmente el impacto de la figura de Francisco y la respuesta que su mensaje y su estilo de vida daba a las expectativas de su tiempo. Jacobo de Vitry, un cardenal amigo de los hermanos, dice con precisión: "Esta Orden se extiende con tanta rapidez por toda la tierra porque imita con tanta decisión la vida de la Iglesia primitiva y de los apóstoles". Sin embargo la razón principal está en el espíritu misionero de Francisco y de sus primeros

compañeros; entendían su vocación como envío de Dios para una vivencia evangélica de la Iglesia entera. La primitiva comunidad franciscana era esencialmente misionera, como lo es toda la Iglesia.

gg) Iglesia, sacramento del Espíritu

Francisco se presenta como un hombre del Espíritu por excelencia y su espiritualidad se abreva en las fuentes más cristalinas del Espíritu. Existe en Francisco un doble descubrimiento: la santa humanidad de Jesús y la decisiva presencia del Espíritu del Señor. No sin razón quería que el Espíritu Santo fuera el ministro general de la Orden. Para Francisco, el Espíritu del Señor produce dos libertades fundamentalmente: liberación del hombre viejo, centrado en el yo, con sus vicios, su "afán de imponerse a los demás", y, sobre todo, liberación para los otros en el amor y el servicio mutuos, en la entrega irrestricta al Padre, en la obediencia a las mociones del mismo Espíritu que obra maravillas. La libertad vivida por Francisco dentro de un profundo sentido de adhesión a la sustancia teológica de la Iglesia y la tradición, tiene su origen en su experiencia del Espíritu. La comunidad es portadora de este Espíritu; por eso, Francisco respeta fundamentalmente el camino de cada uno y pide a los hermanos que se respeten unos a otros a causa del Espíritu. La comunidad eclesial, concretizada en la comunidad franciscana, se convertirá en un sacramento del Espíritu.

hh) Iglesia plenamente católica

La encarnación de la comunidad en medio de los pobres, viviendo el Evangelio en el lugar concreto de los pobres, puede convertirse en un riesgo para una dimensión esencial de la Iglesia, su catolicidad y universalidad. Por su modo de ser, por sus opciones básicas, los seguidores de Francisco tenían mucho en común con los movimientos populares evangélicos de la época, que fueron considerados después como heréticos. Estos se sintieron interpelados por la fascinación de Francisco y se agregaron al movimiento franciscano, comprometiendo su unidad. Cuanto más se particulariza la

Iglesia más necesita de referencias explícitas al centro de unidad, el Papa, en orden a asegurar su universalidad. Es lo que hizo Francisco llevado por su instinto católico. La obediencia al Papa y sus sucesores intenta asegurar desde el principio la perspectiva universal. Estas manifestaciones de fidelidad no tienen nada de serviles, ya que Francisco sigue su camino de simplicidad e identificación con los pobres. Pero esta trascendencia hacia el no-mundo no le hace perder el sentido del mundo de la Iglesia institucional, que es asumido como un dato necesario para el caminar católico. Y así, su catolicidad es plena, porque no se limita a una mera fidelidad teológica con la presencia de Cristo en el pueblo y en los pobres a quienes sirve y con quienes comparte su fraternidad.

3. Importancia de la experiencia eclesial de Francisco para nuestra eclesiogénesis.

La experiencia eclesial de Francisco es extraordinariamente sugestiva para el tiempo en que vivimos. La Iglesia, como totalidad, se está desplazando cada vez más del centro a la periferia. Progresivamente entra en el mundo de los pobres, hace posible que ellos se sientan también Iglesia, y se inserta en las particularidades de cada región; así se valoriza la Iglesia local. Este proceso encarnatorio sólo es posible con audacia evangélica y libertad de Espíritu. Es lo que mostró tener Francisco de Asís. No tuvo un director espiritual ni un camino previamente marcado. Su guía fue el Evangelio, su maestro Jesucristo y su inspiración el Espíritu Santo. Obispos, cardenales y Papas entraron en su vida porque eran necesarios para la legitimación de su camino, nunca para pedir privilegios o dispensas. Se mantuvo libre de los libros y distante de las grandes reglas monásticas consagradas por la historia. Tenía conciencia de la originalidad y el riesgo de su empresa. Nunca perdió altura o estrechó los horizontes; por eso pudo convivir con una Iglesia imperial y, en algunos aspectos, escandalosa. En ningún momento le negó verbalmente el monopolio de los bienes de la salvación, la aptitud del cuerpo sacerdotal, por más simoníaco que fuera. Pero no por eso dejó de seguir su camino, que, en la práctica, implicaba producir y distribuir

bienes de salvación de una manera nueva, dentro de otra distribución del poder sagrado, en su caso, circular, igualitaria y fraterna. ¿Cómo pudo mantener esta tensión sin ser destruído por ella? Por su espíritu evangélico.

La Iglesia lleva dentro de sí misma una permanente tensión: anuncia lo que jamás puede poner en práctica: la utopía de Cristo del Reino y la radical fraternidad entre los hombres. Fueron precisamente estos valores los que vivió Francisco. El hombre del evangelio, sincero, simple e ingenuo, pero radical hasta las últimas consecuencias que fue siempre, le permitió ser obediente a la Iglesia de la tradición y también a la Iglesia de los pobres. Aun con signos diferentes, las dos Iglesia viven la misma voluntad de fidelidad al Evangelio. Francisco no optó por la Iglesia del proyecto imperial de los papas feudales; sino por la Iglesia de los maltratados y últimos. Pero respetó, veneró y consideró también suya a la Iglesia de Roma. Nunca la detractó ni permitió que se señalaran los defectos y pecados de sus ministros, "porque en ellos reconozco al Hijo de Dios y son mis señores. Y lo hago por este motivo: porque en este mundo nada veo corporalmente del mismo Altísimo Hijo de Dios sino su santísimo cuerpo y sangre que ellos consagran y sólo ellos administran a los otros". Su estrategia no era la del dedo en ristre, sino la de la conquista por la bondad y la radicalidad de la vivencia del Evangelio. Cuando alguien es evangélico, y soporta hasta persecución por parte de la Iglesia en el espíritu de las bienaventuranzas, siguiendo unido a ella y amándola ("aunque me persiguieren, quiero recurrir a los sacerdotes"), entonces no hay manera de excluirlo de la comunidad eclesial, como tampoco de impedirle renovar e innovar en la Iglesia.

Francisco mantuvo siempre estas dos fidelidades, a los pobres y a la institucionalidad eclesial; no se desvió ni hacia uno ni hacia el otro polo; por eso pudo significar a los dos: a los pobres, acercándolos al mensaje del Evangelio, consolándolos e integrando con ellos comunidades eclesiales; a la institucionalidad eclesial, inquietándola desde el Evangelio, y entendiendo su propio carisma como una riqueza de la Iglesia, y no suya.

Siempre que encuentra los caminos de los pobres y en los caminos a los pobres, se solidariza con ellos, los acoge como quien acoge a Cristo, la Iglesia realiza su propia esencia y se experimenta fiel a su Señor que se hizo pobre en este mundo, y quiso ser servido en ellos, y por ellos salvar a todos.

A la luz de la praxis eclesial de Francisco, el caminar de la Iglesia con los oprimidos mantiene su rumbo, y en este valle de lágrimas de pobres, anuncia y anticipa la tierra prometida.

Con su práctica, Francisco demostró que la sustancia teológica de la Iglesia no puede agotarse ni ser pretendidamente aprisionada dentro de la institucionalidad oficial. La Iglesia no se realiza solamente a través de ministerios, ritos, cánones, doctrinas, en una palabra, a través de la institución. Se realiza también y principalmente cuando los hombres se dejan interpelar por la Palabra de Dios, se reúnen, se descubren como hijos de Dios y hermanos entre sí, se comprometen en el seguimiento de Cristo y se ponen al servicio de los demás hombres. Es decir, la Iglesia es también acontecimiento. El acontecimiento no tiene la permanencia y la cohesión de la institución; irrumpe, produce una significación humana y religiosa, y puede desaparecer para aflorar de otra manera y en otro tiempo. El acontecimiento significa la presencia del Espíritu en la comunidad; es la fuerza del carisma que recupera el sabor de novedad y transparencia del Evangelio, que en la forma de la institucionalidad de la Iglesia corre el riesgo de tornarse opaco, tradición y repetición. Porque Francisco abrazó tanto una como otra forma de concretización de la Iglesia -como institución y como acontecimiento- pudo con justicia ser llamado *vir totus catholicus et apostolicus*, varón católico y apostólico de cuerpo entero.

*
**
